

PERFIL HUMANO Y PROFESIONAL DE DON GABRIEL CASTILLO
(Texto leído en la ceremonia de conmemoración de los 45 años de existencia del Centro de Perfeccionamiento, Experimentación e Investigaciones Pedagógicas)

GABRIEL CASTILLO INSULZA, UN EDUCADOR QUE DEJA HUELLAS

“Recuerdo con nitidez su primera clase; lo vi entrar a la sala pausadamente, sencillo en su forma de vestir, directo y claro al hablar, esencial. Nos preguntó, a cada uno, nuestro nombre y a qué nos dedicábamos, qué hacíamos. Creo que con esas simples preguntas encendió la mecha de un detonante necesario para descubrir el fondo del ser educador. Empezamos a distinguir, a diferenciar, entre “hacer clases” y “educar”... Nos señaló que era distinto poseer el título de profesor que ser educador y que hay personas que educan sin poder evitarlo. Estas palabras resonaron fuerte, muy fuerte, en la sala de clases”. Así lo señaló el profesor de Historia y Geografía, Rafael Andaur Troncoso a la revista “Encuentro”, aludiendo al año 1986, cuando iniciaba su formación como orientador en la Pontificia Universidad Católica de Chile y don Gabriel era su maestro.

Pero el estrecho vínculo de don Gabriel con la educación viene de mucho antes de ser orientador y de hacer clases en la Universidad Católica. Nació en Talca el 2 de noviembre de 1927. Hijo de una familia de ocho hermanos que, a la muerte del padre, quedó empobrecida, pasaba parte del tiempo en la calle, allí escuchaba las conversaciones de los vecinos, jugaba con los perros y con ellos caminaba hasta los cerros o el río. Pero un día dos carabineros lo detuvieron porque, según ellos, debería estar en la escuela. A la mañana siguiente su madre lo llevó a un colegio público cercano.

A los pocos meses de estar allí, un compañero –el “Vela”- le comunicó a él y al resto del curso que tendría que abandonar la escuela pues, por una hospitalización de su padre, debía asumir la tarea de vender frutas secas en la calle. Gabriel y el resto de sus compañeros se preocuparon de enseñarle al “Vela” las materias de las clases, para que concluidos los meses de venta de frutas secas, pudiera volver al curso. Y, de hecho, a los tres meses pudo regresar.

Años después, Gabriel realizó sus estudios secundarios en el Seminario San Pelayo de Talca y en 1947 llegó al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Se tituló como profesor de Castellano en 1952.

En 1956 participó como docente en la puesta en marcha del Liceo No. 10 de Hombres de Santiago. Ahí estuvo nueve años. No era una tarea fácil: allí se recibían niños en situación de pobreza, que muchas veces venían de ser expulsados de otros establecimientos y cargaban enojo y agresividad. Pero, como el mismo Gabriel diría años después, fue en este lugar donde tomó contacto con profesores que no sólo tenían muchos conocimientos, sino también un compromiso poderoso con la educación de todos los niños.

Su trayectoria en el CPEIP

En 1965, don Gabriel fue convocado a participar en la Reforma Educacional del gobierno del Presidente Eduardo Frei Montalva. En ese contexto, tuvo la enorme alegría de ver que se construían muchas escuelas, pero a la vez la tristeza de que se había conseguido matrícula para todos los niños, pero no educación para todos ellos.

Entre 1970 y 1976 asumió la jefatura del Departamento de Orientación del CPEIP. Desde ese cargo, tuvo la oportunidad de apoyar en 1971 a la Escuela fiscal de San Enrique, en la población del mismo nombre. Necesitaban mejorar el rendimiento de sus alumnos y para ello puso en marcha el proyecto “Escuela para Aprender”, como antítesis de la escuela vigente a la que denomina “Escuela para Enseñar”. En 1974 y 1975 repitió la experiencia de San Enrique en la Escuela N° 177 de Barnechea, en el denominado “Proyecto Escuela para Aprender”. Un éxito total.

Posteriormente, se desempeñó como profesor investigador del CPEIP. Durante estos años, en 1978 para ser más exactos, propuso en una publicación de la Pontificia Universidad Católica de Chile lo que denominó un currículum universalista en la Enseñanza Básica. Y en 1994 puso en marcha el programa “Escuela de Anticipación a través de guías de aprendizaje”, cuyo objetivo era instalar en las escuelas básicas la conciencia de hacerse cargo de la educación de “todos” sus alumnos.

Y aquí es importante detenernos. “Para don Gabriel, la educación **tiene que ser para todos**”, afirman quienes lo conocen de cerca. Judith Figueroa trabajó más de 30 años con él en el CPEIP y explica que para don Gabriel “si un niño va a la escuela, él no puede aceptar que ese niño no aprenda”. Palabras que comparte Luis Lucero, actual director del Colegio Dalcahue y amigo de él por muchos años, quien recuerda: “yo estudié Pedagogía en Biología en la Universidad de Chile y después trabajé allí en el área de investigación científica y formación de profesores. Uno hacía la clase más excelente y elevada posible, en el entendido que había estudiantes que iban a entender y otros que no. Tiempo después, entré de lleno a trabajar en un colegio y Gabriel Castillo me hizo ver que hacer una buena clase no tenía ninguna relevancia si

no cumplía con lo que realmente importaba: que “todos” los alumnos/as aprendieran. Eso era lo fundamental”.

Esa convicción de que la educación es para “todos” los alumnos, sumada a la experiencia vivida en el Liceo No. 10 de Hombres de Santiago, lo llevó a implementar el programa de Aseguramiento de los Aprendizajes Básicos, en el CPEIP. Asimismo, fue el motor que lo impulsó a escribir el libro “Educación de Anticipación”, que publicaría en 1984.

Sus cursos de Orientación

Ya en 1962 Gabriel Castillo se tituló como Consejero Educacional y Vocacional en la Pontificia Universidad Católica de Chile. A partir de ese año y hasta 1995 se desempeñó como profesor de Orientación en esa misma casa de estudios.

También ha realizado numerosos cursos de orientación en el CPEIP. Hasta ahora estos cursos convocan a gran cantidad de profesionales de la educación, como ustedes pueden observar en las fotografías del diaporama.

Actualmente, está abierta la sexta versión del Vigésimo Primer Curso Nacional de Orientación “La Escuela en la que todos los alumnos aprenden, una propuesta educativa a la que adhiere la Orientación”, que será dirigido por el profesor Gabriel Castillo entre el 21 y 23 de noviembre.

Premios y reconocimientos

No son pocos los premios y reconocimientos que don Gabriel Castillo ha recibido.

Por su dilatada y fructífera dedicación a la docencia y a la investigación en el campo de la enseñanza, especialmente en el ámbito de la orientación, en 1997 fue distinguido con el Premio Nacional de Ciencias de la Educación. La noticia se la comunicó por teléfono el ministro de Educación de ese entonces, José Pablo Arellano, cuando él se encontraba trabajando en el Colegio Guardiamarina Guillermo Zañartu Irigoyen, en Quilpué. Sólo dijo: “gracias, señor”. La sorpresa y la emoción lo dejaron sin palabras.

El lunes 19 de mayo de 1998, en el mismo colegio donde recibió tan importante anuncio, fue homenajeado al descubrirse una placa con su nombre en la nueva sala del Centro de Recursos para el Aprendizaje y un gran lienzo con su rostro, pintado por los alumnos del taller de arte, a cargo del profesor Carlos Villamar.

El 23 de junio de 2004 en Viña del Mar, la Universidad de Aconcagua le rindió un homenaje al otorgarle el grado de Doctor Honoris Causa. En la fotografía respectiva, aparece junto a su hijo mayor, Gabriel Castillo Fadic; su sobrino regalón, Manuel Francisco Letelier Castillo y la señora de él, Karen Helfman.

Además, en junio de 2001, la Asociación de Ex alumnos y amigos de la Pontificia Universidad Católica de Chile le entregó el Premio “Ex Alumno Destacado, Ejemplo para las Futuras Generaciones”; en noviembre de 2002, la Fundación Paz Mundial le otorgó el Premio “Chile por la Paz”; en marzo de 2009, recibió el Premio “Antonio Rendic” y en noviembre de 2010, el Ministerio de Educación le otorgó el Premio Juan Vilches por su aporte a la educación de Chile.

Un reconocimiento que vale la pena destacar: En octubre de 1993 el Arzobispado de Santiago, a través de la Vicaría Episcopal para la Educación, le otorgó “La Medalla del Apóstol Santiago”; en la fotografía respectiva, aparece con su señora Zlato Fadic y su hija Natalia Castillo Fadic, acompañados por otras personas, entre ellas Judith Figueroa, ex funcionaria del CPEIP, y Ana María Cañas, quien actualmente trabaja en el Centro.

¿Cuál es el legado de Don Gabriel Castillo?

Para responder a esta pregunta, es mejor leer lo que nos han dicho quienes lo conocen más de cerca:

Rafael Andaur, profesor de Historia y Geografía, que fue alumno de don Gabriel en la Pontificia Universidad Católica de Chile: “Don Gabriel Castillo Inzulza ha trazado una huella. Ha caminado antes que nosotros. Su rastro está ahí, disponible, sin mezquindad. Algunos nos hemos atrevido a caminar su huella... intentamos hacerlo, por lo menos. En el caso de Don Gabriel siento que es relativamente sencillo descubrir el significado que le otorga a la educación. Lo señalo básicamente porque lejos de un discurso retórico o vacío, es posible apreciarlo en su actuar, en su cercanía a las personas, en su trato directo a veces desconcertante; en cada uno de estas dimensiones está siempre presente y de manera central la dignificación de su interlocutor. Creo que el proceso educativo se fundamenta en esta condición de trato con quienes aprenden. Éste ha sido el sello marcado por el profesor Castillo en miles de educadores y orientadores de nuestro país. Esperamos, en justicia, reflejar su experiencia, conocimientos y sabiduría en nuestras alumnas y alumnos”.

Luis Lucero, director del Colegio Dalcahue, que fue alumno de don Gabriel en la Pontificia Universidad Católica de Chile: “Gabriel Castillo es un hombre congruente en su vivir, ha creído ciertas cosas y ha buscado llevarlas a la práctica. Su visión de la

educación es algo completamente innovador. Él nos invitaba a ensayar estrategias nuevas para que “todos” aprendieran. En mi caso, esto se tradujo en cambiar completamente la estructura de mis clases. Recuerdo que en esos años mis alumnas recibieron su libro de Ciencias. Ellas obtenían una buena nota si daban cuenta del dominio de los contenidos de ese libro. Asimismo, tenían una buena nota si daban cuenta del dominio de la materia que yo les enseñaba en clases. Pero su calificación era mayor si ayudaban a aquellas personas a quienes les estaba costando la asignatura. Por lo tanto, nadie podía fracasar... Yo estoy seguro que sería mucho menos profesor si no hubiera conocido a Gabriel. Además, para mí él es un muy importante amigo”.

Judith Figueroa, ex funcionaria de CPEIP que trabajó con él en el Programa de Aseguramientos de Aprendizajes Básicos: “La visión humana de la educación y la importancia gravitante que adquiere la educación básica en esa humanización es uno de los mayores legados de don Gabriel. También su testimonio de vida. Él no sólo dice lo que dice, no sólo habla de la importancia de que todos aprendan, sino que lo vive y se juega por eso en sus clases”.